

Sustentabilidad Energética

** Por José Opazo*

El desafío que nos viene a plantear este ‘experimento’ desde el ángulo de la sustentabilidad energética es significativo. En primer lugar se nos ha acostumbrado a aceptar que la problemática del sector energía es compleja a tal punto que el ciudadano de a pie no tiene mucho que decir ni menos que incidir en cómo los expertos se iluminan y resuelven nuestra ajustada situación energética.

Son ellos los que saben y por lo tanto deben decidir las inversiones de manera exclusiva y de paso amarrarnos a largas décadas a un modelo construido en base a la maximización de sus utilidades y la despreocupación ambiental. El ciudadano, en el caso de la problemática energética, se reduce a un simple rol de consumidor o cliente.

¿Y qué consumimos los clientes energéticos en nuestro país? ‘Electricidad’ sería la respuesta fácil. Pero consumimos bastante más que eso. La mayoría de la electricidad es generada en centrales térmicas (carbón, gas, petróleo) o grandes represas hidroeléctricas. Además, más de un tercio de toda la energía que devoramos es utilizada en el transporte motorizado, prácticamente en su totalidad petróleo y bencina. Otra buena tajada se la damos a los bosques (y otras fuentes de biomasa), ya que, aunque propia, quemamos ineficientemente cantidades altísimas de leña para calentar nuestros hogares y mover nuestras industrias.

Es claro entonces que la energía que consumimos no viene exclusivamente por cables. De hecho, **actualmente más del 70% de ‘nuestra’ energía viene del exterior. Son todos combustibles fósiles importados, principalmente carbón y derivados del petróleo que casi no tenemos.** Sobre el cambio climático ya hablaremos, mientras tanto tratemos de acabar con esto de las calorías y kilowatt-hora que, entre tanto número y diferentes fuentes, sumado al esfuerzo por pagar la cuenta a fin de mes, hasta ahora parece natural que sea un tema exclusivo de los expertos.

Hasta el minuto tenemos una receta de dependencia de combustibles fósiles extranjeros (asunto de seguridad más la imposición de precios fijados por el ‘mercado internacional’), **combinado con el uso de fuentes altamente contaminantes** (tanto a nivel local -contaminación atmosférica, como global – cambio climático) **y ante lo cual los ciudadanos tenemos poco qué decir** (problema de participación y equidad).

¿Qué dice nuestra política energética, entonces? En el caso del sector eléctrico, desde hace más de veinticinco años hemos seguido un modelo liberalizado donde el sector privado es el motor del funcionamiento y operación del mercado, y el Estado cumple un rol fiscalizador y regulador.

Si a esto se le puede llamar política pública, esta fue eficiente en la gestación de privatizaciones de empresas públicas y posterior desarrollo de un mercado privado- en teoría desintegrado verticalmente, en la práctica altamente concentrado- donde las inversiones y los precios responden a criterios de eficiencia económica para los actores privados que participan del sector.

Esto logró generar un impulso en las inversiones más rentables para las empresas (aunque no necesariamente las más rentables para el Estado y la sociedad) y una casi devota dependencia de la hidroelectricidad y de las importaciones de combustibles fósiles, en su momento el barato gas natural argentino y, en las actuales circunstancias, un contaminante pero no tan caro carbón (para el bolsillo del generador, claro está, el que nos convence que sale más barato a los ciudadanos-clientes mientras estos hacen cola en el consultorio durante alguno que otro 'episodio' de contaminación). Así, la orden del día ha sido crecer en oferta energética para que el país se pueda desarrollar. Después nos preocuparemos de las externalidades que vamos dejando en el camino.

Sin embargo, **no debemos perder el foco esencial del problema de la (in)sustentabilidad energética. Nuestro consumo energético aumenta anualmente a tasas de casi un tres por ciento y nuestra adicción a la electricidad, a un nivel incluso mayor, en torno a un seis por ciento al año.**

Cuando quemamos petróleo o carbón y cuando inundamos bosques o los cortamos sin plantearnos si no estarán cumpliendo otra función que transformarse en metros ruma, a la vez generamos CO₂ y otros gases de efecto invernadero. Vale decir, mientras usamos la electricidad, conducimos nuestros autos, producimos y llevamos nuestras frutas y vinos al puerto para ser transportados al extranjero; mientras elaboramos planchas de cobre y construimos más infraestructura de uso privado, estamos aumentando nuestra responsabilidad en el calentamiento del planeta.

Actualmente cada chileno, en promedio, emite cerca de 4 toneladas de CO₂ al año. Para que tengamos la posibilidad de evitar daños catastróficos para la sociedad, nuestras economías y nuestro planeta, de aquí a 40 años, todos los habitantes del mundo deberíamos emitir no más de 2 toneladas por persona al año. Es decir, con nuestra sencilla actitud y aspiraciones, ya nos pasamos. Y peor aún, en nuestra dulce patria seguimos proyectando a aumentar la dosis.

Proyectamos que nuestra economía siga creciendo, que la pobreza se reduzca y el desarrollo se distribuya con equidad. Y entonces aspiramos a ingresar al club de los más ricos, ese llamado OECD. **No nos hemos dado cuenta de que no sólo con dinero se compra el boleto de entrada. Entre otras cosas, nos pedirán cuenta por la energía que usamos, por el ambiente en que vivimos y por las emisiones contaminantes que generamos.** Se trata de derechos (acceso a la comunidad internacional), pero fundamentalmente de responsabilidades con la sociedad y nuestra Tierra.

Entonces resulta conveniente visitar los pilares que supuestamente sustentan el desarrollo energético chileno: seguridad del abastecimiento, eficiencia económica en la asignación de recursos, sustentabilidad ambiental del desarrollo energético e incidencia de esta política energética sobre el desarrollo social del país.

El óptimo de seguridad, eficiencia económica, protección ambiental y equidad debe ser alcanzado para toda nuestra geografía. Los beneficios que se han de maximizar son los de toda nuestra sociedad.

En los últimos cinco años y gracias a la oportunidad que surge tras la crisis, hemos comenzado a dar pasos importantes. Entre ellos están las modificaciones a la Ley Eléctrica que intentan mejorar el rol regulador del Estado, incorporar más visión de largo plazo en el desarrollo del mercado y empujar el desarrollo de las energías renovables. Así mismo está la incorporación del tema de la eficiencia energética en el escenario público, la promulgación de la ley que crea el Ministerio de Energía y una serie de incentivos que buscan promover la sustentabilidad energética en el país. En una isla aparte a esta discusión de mercados y utilidades se ha ejecutado también la Política de Electrificación Rural que ha permitido que casi la totalidad de las familias chilenas tengan acceso a la electricidad.

Sin embargo, **en Chile nos ha faltado comprender que cuando discutimos de hacia dónde nos queremos desarrollar, deben compartir la mesa tanto autoridades públicas, como empresarios y ciudadanos. La internalización de los costos ambientales y externalidades del uso de la energía debe aún penetrar el corazón de la política energética.** El desafío que enfrenta el país, ante la creciente demanda de energía necesaria para el desarrollo, requiere que el gobierno y la ciudadanía asuman un rol preponderante en la definición e implementación de una política de sustentabilidad energética. Necesitamos instrumentos de Planificación Energética y Evaluaciones Estratégicas, tanto ambientales como económicas, efectuadas con una visión de Estado a largo plazo.

La profundidad y la velocidad de los cambios que se requieren para que Chile tenga la oportunidad de viajar en el vagón que atravesará el siglo XXI son mucho más radicales que los tímidos pasos iniciales. Estas transformaciones afectarán nuestros sistemas de producción, las dinámicas en que habitamos y nos movemos, los servicios y recursos que nuestros ecosistemas únicos en el mundo tienen para ofrecernos y, por sobre todo, en cómo decidimos la forma en que obtenemos y usamos nuestra energía como ciudadanos. Ahí entonces habremos comenzado a hablar de equidad.